



Sharik Mackena Arará Morales
Estudiante de trabajo social CAT Medellín



LA CUNA DE ORO

Viejo pueblo, cuna de oro
luna de plata, piel de carbón;
allá en el alto hay dos líneas de mina que truenan,
en el atrio hay dos líneas de borrachos al lado de la iglesia.
En la calle después del atrio una mujer llenando libros con buena poesía.
Por el caño, vivió una analfabeta de más de cien años, con puro corazón,
que recita mejor que usted, y mejor que yo.

Más abajo, y a la otra orilla del caño, una buena familia en una casa blanca,
blanca como la rica caña de azúcar que tiene en su patio.
En aquella casa hay un músico, dos genios de la empresa y matemáticas,
un sacerdote, un joyero con dotes de pintor
y una bella madre con su esposo.
Vaya pueblo de artistas.
Hasta el barequero tiene doble don, así el segundo sea para gastarse rápido la plata.

También en este pueblo nació y creció una hermosa negra, piel tersa, cabello azabache, puro, crespos
locos... retumban;

Alieth, se llama.

Lucy Alieth. Sí, así con acento.

La negra sólo tenía zapatos para ir los domingos a la iglesia.

La negra cuenta con la responsabilidad que tiene con sus hermanos menores.

La negra cuenta con orgullo las largas caminatas que tomaba para ir a la escuela, para ir por agua, para ir por leña,

para correr con sus hermanos, primos y amigos hasta llegar al Cauca;

sin darse cuenta que corriendo iba dejando lo que serían sus años de gloriosa infancia.

En aquel pueblo todos se conocen, todos son Ortiz, Moreno, Camurro o Arará, todos son parientes, todos son primos.

En aquel pueblo no hay secretos, es el gran pequeño teléfono roto.

En aquel pueblo ya no queda casi pueblo.

El pesebre de oro dejó de acunar para ser acunada por manos extranjeras, manos que sin pedir permiso a *La Pacha* le sacaron el brillo de su alma.

La negra se fue a una pequeña ciudad con el menor de sus hermanos, el pequeño Laureano, que ahora en paz descansa.

¿Y el otro hermano? Pues bajito y creyéndose grande, Leovigildo, tiró el aventón a la gran ciudad paisa.

La negra ya tiene casi ochenta, cuatro retoños, trece adoraciones y la cuenta sigue y se hace cada vez más larga.

La negra se robó la plata de la luna y le dio morada en su cabellera azabache,

La negra sigue con la piel igual de tersa,

La negra ya no corre, y sólo ahora puedo entender que, si corría tal distancia, era tratando de escapar de la madurez que llegaba antes de tiempo, mucho antes;

pues a los cinco abriles la negra levantaba al gallo y despertaba al sol lavando ropa y cargando agua.

Tenía 14 y su joven madre se despide.

A la negra le dolían sus pequeños pies, carbón de mugre y sangre seca porque sus dedos besaban amargamente las rocas calientes.

La negra repite verso y prosa de su oración matutina, y,

¿quién lo diría?, tiene memoria para repetir sus vivencias de niña, y por supuesto, trata de recordar sus recitales de infancia.

Dios quiera que la negra no se canse todavía.

La negra y el pueblo de oro ya no son los mismos,

pero han dejado en las arrugas de sus manos y las trochas de sus terrenos, el más bello recuerdo de la mejor época que se pudo tener.

Sí, la mejor, así lo hace ver mi vieja, mi negra, quién entre tanto camino, golpe, sacudida, caricia, besos de todo tipo y un millón de anécdotas, nos enseña que siempre hay algo bueno, una bonita historia, un buen compañero de viaje y de vida.

Siempre hay quien nos sirva el plato caliente, recién cocinado, o quién nos dé un poco de chocolate caliente con sabor a abuela para el frío que hay en el corazón.

Y sobre todo, siempre hay quien hable bien de su pueblo, quien siembre en su jardín las ganas de visitar la cuna de oro.



Autora: Lady Tatiana Bolívar Cataño

Caminar en las montañas de ensueño
donde las hojas acarician mi cabello
Y el aire vitaliza mi existencia,
es tan puro y único que solo está allí
en el campo... en mi tierra

Abracé un voluminoso y frondoso árbol
y sus vibras emitían una gran energía
Era un suplicio con intensidad
Estaba temeroso de su nefasto destino
a causa de la codicia de la humanidad

Mi compañera fiel era la lluvia
que refrescaba el árido sendero,
qué afortunada era de sentir en ese momento
cómo el cielo me abrazaba con su brisa

Escuchaba la melodía de la naturaleza
y los suspiros de la majestuosa montaña,
donde se extienden los coloridos cafetales
y se esparce el aroma de Colombia,
El aroma del café